



Ottaviano, Copiapó, 17-XII-44 P. 3

706-961

José V. Lastarria en Copiapó

(EXTRACTADO A SADY ZANARTU)

Lastarria abarcaba con su mirada las Tres Puntas de los cerros que daban el nombre al mineral de plata. Su descubrimiento databa apenas de cuatro años, y allí estaba ahora con su aporreado cuerpo sobre la realidad fabulosa del cuento del derrero, más asequible a sus esperanzas de fortuna que a la de regenerador de la patria. Se miraba su traje de minero. No era por cierto el pintoresco que se puso haciendo durante su expedición de 1884 en Chañarillo. En vez del cabán azul y la coleta listada, vestía una americana y pantalón de diablo fuerte; substituía la zorra colorada por su bello remolín; por falta un ancho cinturón donde guardaba las muestras de piedras; y por abrigo el común pañocho de vicuña.

A don Victorino le parecía que su levita de político relegada en sus maletas, ya era propia de otra edad, frente a aquella nueva vida. Sin embargo, aún estaban frescos sus recuerdos. Podía haberse quedado en Lima como rector de un establecimiento educacional, después del ofrecimiento cordialísimo del ministro Herrera, pero su salud resentida por el clima, sus amigos que le instaban a volver a Chile y la preocupación de la familia huérfana de su amparo, lo decidieron a tomar a la patria, aunque sólo se le permitía llegar hasta Copiapó.

Ahora miraba en brumas lo que había sucedido durante su destierro: el simulacro electoral del 25 de Junio de 1881, que llevó a la presidencia de la República a don Manuel Montt y que costaba a sus amigos, la malanza de Latorre, de la que aún quedaban repercusiones sangrientas a su llegada a Copiapó; otro infeliz episodio del mineral de Tres Puntas, con fusilados por orden del Presidente de la República, a pesar del indulto del Consejo de Estado.

El paso del desterrado por las calles inmunda y hasta de llegó a ofrecerle su amistad el jefe de la tropa partidaria. Era éste don Victorino Garrido, el viejo amigo de Portales, a quien más de una vez hizo blanco de sus confidencias en mesa y mesa. Pero en aquellos años, alivianados de esperanza, los dos amigos adinerados hicieron lo posible por consultarse; el uno con su influencia ante el Ejecutivo y el otro empujando la barra del minero en vez de la pluma revolucionaria.

Lastarria, frente a las montañas relampagueantes de vicos metálicos, despertaba a un sentimiento nuevo. Su espíritu de investigador lo llevaba a contemplar la tierra oscura y a estudiar su complejidad geológica. Comprendera que los que han nacido allí no podían desprenderse jamás de sus adiciones a la industria minera ni pasar distráidos e indiferentes por esos cerros que les recordaban toda una vida de trabajos, de esperanzas y de desengaños. La geología era la vida legítima del minero. Sólo ellos podían hacer la ciencia. El para explorar esas entrañas de cobre, de plata y de oro necesitaba de su luz y guía en las misteriosas profundidades de la tierra.

El asunto de ciencia política era llamado por la montaña decida a enseñar las revoluciones de riqueza que para el porvenir de

POR

RENE

PERI

FAGERSTROM



patria, presentía en su absoluta soledad.

Don Victorino se inclinaba en Tres Puntas, entregado a experimentos y cateos por las tierras vecinas al mineral. Salía al amanecer, en pequeñas tropillas, con su martillo en el cinturón, a escudriñar los cerros y a insuflar sus conocimientos geológicos y el paso de otras civilizaciones: aquel tramo del camino del Inca; el mar y la pira abandonada de una vieja mina. Se perdía en una quebrada estudiando en los cortes de las laderas los portales de colores.

Al atardecer, de regreso al mineral, seguía aún absorto con aquellas capas de laja que reverberaban al sol como al fuego cristalino.

Llegaba a Tres Puntas cuando los piqueteros y malacatos estaban inmoviles. Terminada la faena del día, el silencio buscaba su reposo en los palancas de los desmontes, en las bocanillas. Sólo en la placita del pueblo, la animación perdida en los cerros se refugiaba en la pequeña plaza, en el afán humano de irse y sentirse: las tiendas, las panaderías, las papeterías eran asediadas por pequeños motines de candela.

Don Victorino llegaba a su reposo en la Compañía Inglesa. Hacaba sus pichas, anotaba las piedras recogidas durante la expedición, como antes lo hacía con los recortes de diarios o sus análisis de libros leídos.

Si había ganado en conocimientos científicos, en cambio la suerte seguía equívoca. Ningún rodado por el camino ni su martillo, daba el golpe milagroso en una veta de plata. La pobreza continuaba ahogado sus preocupaciones hasta reducirlo a la fatiga.

En aquella atmósfera de descubrimiento, todo podía substraerse a la influencia del fantasma que vagaba sobre la fortuna. También don Victorino, tan pronto a renunciar en desamparo, que no estuvieran en silencio de acrisolarse, se entregaba a los duendes de un derrero. Ese mismo mineral de Tres Puntas

debía en hallazgo a una legada del espíritu malo al pobre arriero Ochoa, que no pudo guardar el secreto del lugar de donde extraía sus ricas piedras. La fabulosa revelación entre los vapores del alcohol, en un día de la Independencia de la Patria, servía para crear un silencio minero y un pueblo de cinco mil almas en el desierto más árido, que la imaginación pudiera concebir. Pobre Ochoa perseguido por la estrella de la Infortunio! (Acaso a él no le pasaba lo mismo?)

Chañarillo aparecía después, a la vista de don Victorino con toda su importancia como punto de visual y estación para las operaciones geodésicas y metalúrgicas. En sus cateos por las tierras de Petaca y el Moje el geólogo encontraba los molinos folios que le daban la clave de las correlaciones estratigráficas. Veda el como del Bandurrias y extraía sus deducciones sobre el origen de las rocas, allí acumuladas. Pero el nivel minero no podía sorprender el secreto de aquellas montañas de piedra, tan volubles como desesperantes en perseguir la fortuna anhelada; luchaba entre la ciencia y la angustia, sin la aventura del arriero Ochoa, de sentirse rico súbita por algunos días.

Después de sus estudios y cateos, que duraron algunas meses, regresó a Copiapó a poner su bufete de abogado y dedicarse a los tranquilos negocios de la industria minera. Pronto tendría en sus manos importantes negocios que le darían algunas de esas barras de plata que soló en sus blugadas por las serras. Era la fama de letrado y jurisperito que venía desde aquellos desvelos de muchacho en el Instituto Nacional; los veneros de su talento no tenían freno. Y habitaban con su nombre ya en un cerro en el desierto o una calle populosa en el pueblo de Juan Godoy.

José V. Lastarria en Copiapó [artículo] René Peri Fagerstrom.

Libros y documentos

AUTORÍA

Peri Fagerstrom, René, 1926-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José V. Lastarria en Copiapó [artículo] René Peri Fagerstrom. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile